

trigo, era preciso concluir cuanto antes la fábrica comenzada, y á este fin, Chimalpopoca le proporcionaria el suficiente número de operarios.

Toda esta conversacion fué oida por un enano que servia á Tayauh, y que se encontraba oculto en el hueco de una puerta. En el acto que se impuso del secreto, salió sin ser visto y se dirigió á Azcapuzalco, á donde llegó á la media noche; se hizo recibir de Maxtla, habiéndole anunciado que tenia que revelarle un negocio de la mas alta importancia, y le refirió todo lo que pasaba. Maxtla, por su parte, mandó al enano que se volviese luego á México para que nada se sospechase, y guardando un profundo disimulo resolvió tomar de sus enemigos una sangrienta venganza.

La relacion del enano quedó confirmada, cuando al dia siguiente se presentaron al emperador, Achitomatl y Tlatocacochitzin, enviados por Chimalpopoca con un crecido número de trabajadores, para concluir el palacio de Tayauh. Maxtla supo dominar la profunda cólera que agitaba su pecho, y manifestó que no tenia dificultad ninguna en conceder la licencia para que trabajasen, quedando sumamente agradecido al rey de México por aquella prueba de amistad hácia su hermano, añadiendo que tambien deseaba contribuir por su parte, para lo cual ordenó á un capitán de confianza que con cuanta gente pudiese ayudase en los trabajos, pues deseaba que la obra estuviese concluida á la mayor brevedad posible.

En efecto, los trabajos quedaron terminados en pocos dias, y Maxtla mandó decir á su hermano que él se encargaba de las fiestas necesarias para el estreno del palacio, haciendo preparar un espléndido banquete, al que fueron convidados los reyes de México y Tlaltelolco, así como otros muchos personajes principales. Sin embargo, habiendo llegado el dia señalado para la fiesta, dichos reyes se excusaron de asistir, pretextando una solemnidad religiosa en que debian tomar parte. Tayauh, resuelto á consumir el crimen, invitó á Maxtla á que entrase á su palacio, pero el segundo se rehusó, aplazando la ceremonia para despues del banquete. Sir-

vióse la comida con extraordinaria esplendidez, y luego que terminó se levantó el emperador de su asiento, y acercándose á su hermano en ademan de abrazarle, sacó un cuchillo que llevaba oculto, y dándole de puñaladas le dejó muerto á sus pies. Volviéndose luego á la concurrencia, pronunció estas palabras: "Así castiga mi justicia la traicion de un hermano que se atrevió á pensar quitarme la vida; y si esto hice con él, ¿qué haré con los demas que yo descubra cómplices en su delito?"

Inmediatamente, y antes de que los circunstantes se repusiesen de su asombro, mandó á algunos jefes de confianza que marchasen con tropas á apoderarse de los reyes de México y Tlaltelolco, previniéndoles que los pusiesen en lugar seguro y aguardasen sus órdenes. Aprehendieron, en efecto, á Chimalpopoca, que se hallaba todavia en la fiesta religiosa que le habia servido de pretexto para no asistir al banquete, y le condujeron á la cárcel de la misma ciudad, encerrándole en una estrecha jaula que servia para los reos de delitos atroces, y poniéndole bajo una guardia numerosa con la orden de que nadie le viese, y que solo se le diesen cada 24 horas muy pocas onzas de alimento.

En cuanto al rey de Tlaltelolco, luego que supo la suerte que habia corrido el de México, se ocultó tan bien que no pudieron encontrarle los emisarios de Maxtla. Habia empero tal empeño en apoderarse de su persona, que no pudo evitar que sus perseguidores fuesen informados por algunos de su mismo séquito, sobre la intencion que tenia de trasladarse secretamente á Tezcoco, en donde se consideraba mas seguro. Así fué que se aprestaron muchas canoas para darle alcance, como lo verificaron en medio de la laguna, cargando sobre la que conducia al desgraciado Tlacateotzin. Este se defendió valerosamente, hasta que al fin, el peso de los tesoros que llevaba, aumentado con el golpe de gente que le atacaba, sumergió su frágil embarcacion, pereciendo miserablemente el desdichado monarca.

XIV.

Los sucesos que dejamos rápidamente referidos, vinieron á cambiar en gran manera la faz de los negocios públicos. Maxtla veía desde luego asegurado su imperio, destruidos sus enemigos, y se sentía libre de todo temor para el porvenir. Tayauh y Tlacateotzin habían muerto; Chimalpopoca se hallaba en una jaula en donde podría hacerle perecer á la hora que quisiese; y en cuanto á Nezahualcoyotl, abrigaba la confianza de deshacerse de él sin dificultad ninguna.

El feliz éxito de sus empresas aumentó su orgullo como era natural, y mandó á las ciudades de México y Tlaltelolco á un agente de confianza llamado Chichincatl, para que reuniese á la nobleza y principales del pueblo, manifestándoles que habiendo concluido el indulto de tributos que su padre les había concedido, él por su parte les exigiría el pago de todas las contribuciones acostumbradas antes del indulto, así como las que tuviese á bien imponerles en lo sucesivo. Chichincatl llevaba, además, el encargo de pasar á Tezcoco y comunicar á Nezahualcoyotl la orden de trasladarse á Azcapuzalco, para tratar ciertos negocios.

La noticia de las desgracias acaecidas á los reyes de Tlal-

telolco y México, llegó presto á los oídos de Nezahualcoyotl, quien en el acto se resolvió á ir á pedir á Maxtla la vida de Chimalpopoca. La empresa era arriesgada, pues equivalía á entregarse en manos de un enemigo poderoso, cuyas intenciones en su contra no eran por cierto un misterio; así fué que sus amigos y parientes se esforzaron por disuadirle de semejante idea, haciéndole ver que el paso que meditaba solo serviría para exponerle á perder la vida sin probabilidad ninguna de salvar la de su tío.

Entonces pudo verse todo el valor, toda la grandeza que se encerraban en el alma del joven príncipe, al mismo tiempo que la elevación de su espíritu sobre las supersticiones de su país y de su tiempo. Los adivinos fueron consultados, y dieron la poco satisfactoria respuesta de que le amenazaban grandes riesgos, entre ellos, tres de que difícilmente podría salvar la vida; pero si escapaba, triunfaría de todos sus enemigos, siendo, por lo tanto, necesario que se guardase de las amenazas del destino, no yendo temerariamente á buscar los peligros. A una respuesta cuyo sentido no podía ser más tremendo, dió Nezahualcoyotl esta admirable contestación: "Todo lo contrario pienso yo; porque si vuestra ciencia no os engaña, y me amenazan ciertamente las estrellas con esos riesgos, ni por buscarlos yo han de ser mayores, ni por procurar huirlos he de dejar de pasar por ellos; y así determino buscarlos, y salir cuanto antes de esta zozobra. Si perezco en ellos, con la vida se acaban los trabajos; y si los venzo, mas presto triunfaré de mis enemigos." Contestación que recuerda la celebrada de César en las famosas idus de Marzo.

Púsose en camino y navegó toda la noche, llegando al amanecer á Tlaltelolco. Sabiendo que allí se hallaba Chichincatl, le buscó para verle. El emisario de Maxtla, que era muy afecto á Nezahualcoyotl, le habló de la orden que tenía para llamarle, expresando los temores que abrigaba por su vida; pero ni estas observaciones ni las que le hizo después en Azcapuzalco un camarero del tirano, de quien se valió para que

le introdujera con el emperador, fueron bastantes para hacerle cambiar de dictámen.

Una vez en presencia de Maxtla, le dirigió la siguiente allocucion, que nos parece digna de ser reproducida: "Muy alto y poderoso señor: bien veo que vengo á ocuparos el tiempo que habeis menester para los negocios del gobierno; pero no puedo dejar de obedecer vuestro mandato, que me ha intimado Chichincatl, á pesar de los recelos que me asaltan de los peligros de la vida, y vengo á saber lo que me ordenais, logrando al mismo tiempo la ocasion de implorar vuestra clemencia en favor de la vida de mi tio el rey Chimalpopoca, quien como pluma rica servia de hermoso adorno á vuestra imperial corona, y cual piedra preciosa de oro en vuestro collar adornaba vuestro cuello, y ahora desprendida de su propio lugar, la teneis asida y apretada en vuestras manos, esperando por instantes su ruina. Aflojad, señor, la mano, y como rey piadoso, echad en olvido la venganza, y poned solamente los ojos en el triste espectáculo de un miserable anciano, que desfallecido con la falta de alimentos es ya un retrato de la muerte, trayendo á la memoria que ha gastado su vida en servicio de vuestro padre, y en procurar la exaltacion de vuestra casa."

Este razonamiento, traducido fielmente por los intérpretes, manifiesta la alta inteligencia de Nezahualcoyotl, su exquisito tacto político para tocar las fibras mas delicadas del corazon, y obligar al tirano á ceder á sus pretensiones. Maxtla, en efecto, no podia sustraerse á la especie de fascinacion que los talentos superiores del príncipe ejercian sobre él, y todo su orgullo, y todos sus proyectos de venganza, desaparecian como por encanto en presencia de Nezahualcoyotl, quien podia gozarse al ver la especie de confusion y desconcierto en que entraba su terrible rival.

Así fué como esta vez, Maxtla le contestó que solo le habia hecho llamar con el objeto de manifestarle que aunque habia dado orden para que nadie hablase á Chimalpopoca, esa orden no se extendia á él, que podia verle y consolarle,

ofreciéndole que mas tarde le pondria en libertad. Encargábale al mismo tiempo, que luego que hiciese aquella visita al rey de México, volviese á Azcapuzalco á darle razon de lo que pasara, en lugar de irse á Tezcoco. En seguida ordenó á Chichincatl que acompañase á Nezahualcoyotl á México á fin de que no encontrase ningun obstáculo para ver y hablar á Chimalpopoca.

Apenas quedó solo Maxtla, llamó á uno de sus consejeros en quien mas confianza tenia por su edad y por su adhesion, y le dijo cómo habia hecho ir al príncipe con objeto de matarle, pero que en vez de realizar su proyecto, le habia concedido que fuese á ver á su tio el rey de México. Debiendo volver, sin embargo, le consultaba sobre á cuál de los dos, de Chimalpopoca ó Nezahualcoyotl, daria primero muerte. La respuesta era sencilla, puesto que teniendo á ambos en su poder, le era fácil comenzar por cualquiera, sin que nadie osase poner resistencia á sus mandatos. Entonces quedó resuelto que al volver á Azcapuzalco se mataria al príncipe, para lo cual previno el emperador á varios capitanes que se apostasen con tropa en diferentes lugares.

XV.

Nezahualcoyotl, acompañado de su sobrino Tzontecohuat y de Chichincatl, partió para México, en donde, como lo habial solicitado, visitó á su tío Chimalpopoca, á quien encontró moribundo por la falta de alimento. Aquella entrevista conmovió sobremanera al príncipe, que procuró, aunque en vano, consolar y alentar al desgraciado monarca. Valiéndose del permiso que tenia para verle, volvió el día siguiente, llevándole ocultos algunos alimentos; pero ya era tarde, y tuvo el dolor de verle espirar, víctima indefensa de la terrible venganza de Maxtla.

Aquel suceso, así como el desastrado fin del rey Tlacateotzin, engendró un gran descontento entre los mexicanos y tlaltelolcas, pues los principales se sentian no solo afectados por la gran crueldad ejercida contra sus respectivos monarcas, sino temerosos de correr la misma suerte, porque nada puede haber mas inseguro que la voluntad de un tirano suspicaz y caprichoso. Este descontento produjo á su vez la resolucion de sacudir el ominoso yugo que sobre ellos pesaba, y sus pensamientos se dirigieron naturalmente á Nezahualcoyotl, cuya restauracion fué considerada desde luego como una esperanza de libertad para los pueblos oprimidos.

Muerto Chimalpopoca, regresó Nezahualcoyotl á Azcapuzalco conforme á la órden del emperador, y sin hacer caso de los avisos que sus parciales le comunicaron sobre las prevenciones que contra él existian, dirigióse al palacio del emperador, habiendo dejado preparada una canoa en un lugar oculto. Maxtla se conturbó algo al saber que le buscaba el príncipe, quien se presentó sin dar muestras de la menor inquietud, y despues de referir su viaje á México y la muerte de Chimalpopoca, acabó dándole las gracias por el permiso que se le habia concedido para asistir á su tío en sus últimos momentos, y en prueba da gratitud ofreció, tanto al emperador como á la emperatriz, que estaba presente, flores y joyas de valor que llevaba consigo.

Maxtla se retiró sin decir una palabra, y poco despues recibió el príncipe un recado para que fuese á aguardarle en un jacal de carrizos, situado en los jardines del palacio, en donde tenia que hablarle. Nezahualcoyotl obedeció inmediatamente, pero no tardó en observar que se iban apostando soldados por diversas partes del jardín; entonces, comprendiendo el peligro que corria, salió por la parte posterior del jacal que daba á la tapia, y dejando á su sobrino que le acompañaba, con órden de reunírsele luego que pudiera escapar, saltó la pared y fué á caer en la plaza, que ya estaba llena de la gente armada, que solo esperaba la señal para darle muerte.

Luego que se vió libre, Nezahualcoyotl, que era agilísimo, huyó con tal velocidad que no pudieron alcanzarle los agentes del tirano, quienes al verle correr trataron de apoderarse de él, creyendo que su aprehension complaceria en gran manera á Maxtla. Este, sabiendo lo que habia pasado, sintió mucho el ver burlados sus proyectos, y mas que el príncipe los hubiese descubierto, pues aunque abrigaba la resolucion invariable de darle muerte, queria que esto fuese sin estrépito, temiendo el efecto que causaria en la opinion, pues no ignoraba que tenia un gran número de partidarios, no solo en Tezcoco, sino en Tlaltelolco y México.

XVI.

Libre ya del gran peligro en que había estado su vida, Nezahualcoyotl se embarcó con su sobrino, que se le reunió poco despues, en el lugar excusado en que había dejado la canoa, y se dirigió á Tezcoco. Por su parte Maxtla, irritado con el mal éxito de su empresa, trató de poner nuevos medios para dar el golpe definitivo, llamando con este objeto á Tilmantzin, el hermano enemigo del príncipe, de quien ya hemos hablado, y el cual era muy á propósito para llevar adelante los sangrientos proyectos del usurpador.

Tilmantzin salió, pues, para Tezcoco, bien instruido en lo que debía hacer, y que se reducía á dar un convite á Nezahualcoyotl con cualquier pretexto, para que en medió de la fiesta, un capitán disfrazado le matase, aprovechando el momento mas oportuno. El pretexto fué fácilmente hallado: se trataba de felicitar al príncipe por su buena suerte en haber escapado de las traiciones de Maxtla.

Nezahualcoyotl recibió la invitación con su no desmentida cortesía, y ofreció asistir al festín; pero demasiado conocía al personaje que le invitaba para no descubrir en aquella demostración una nueva red. Reunió, pues, en consulta á sus

confidentes mas avisados, para someterles el caso y escuchar su parecer; todos opinaron que no debía asistir, porque seguramente allí se encontraba oculta una traición, de que le sería muy difícil escapar la vida. Empero la situación del príncipe era muy delicada, puesto que habiendo empeñado su palabra, no le era posible dejar de concurrir á una fiesta que aparecía en obsequio suyo, sin romper abiertamente con sus enemigos, lo cual no era prudente ni hacedero en aquellos momentos.

Hallábase entre los consejeros un anciano que gozaba de gran fama de sabiduría, llamado Huitzilihuitl, que propuso entonces un medio tan atrevido cuanto ingenioso. Dijo que conocía á un labrador de Ahuatepec, muy adicto al príncipe, y con el cual guardaba una semejanza tan perfecta en facciones, cuerpo, voz y demas, que era imposible distinguirlos. Llamárasele, pues, y si consentía, se le disfrazaría con las ropas de Nezahualcoyotl y se le instruiría en lo que debía hacer, mientras que el príncipe se ausentaba del lugar.

Hízose así en efecto: el labrador, con una abnegación verdaderamente heroica, aceptó sin vacilar el peligroso papel que se le imponía, y fué á la fiesta al anochecer, imitando tan bien los modales del personaje que representaba, que todos le tomaron por tal. Comenzóse el baile, y cuando la animación había llegado á su colmo, se adelantó el asesino, y dando un terrible golpe al labrador, le derribó sin sentido al suelo, é inmediatamente le cortó la cabeza y partió con ella á Azcapuzalco á presentarla al tirano. Todos quedaron aturridos con semejante suceso. Los pocos que estaban en el secreto lo disimularon completamente, y la mayor parte quedó creyendo que el príncipe Nezahualcoyotl había sucumbido á las perversas intrigas de sus enemigos.

Xochicalcatl, este era el nombre del capitán encargado de ejecutar el crimen, llegó á Azcapuzalco y se presentó á Maxtla con la cabeza del labrador. Extrordinario fué el contento del tirano creyéndose ya para siempre desembarazado del único enemigo que le desvelaba; y deseando dar la mayor

publicidad á un suceso que venia á herir de muerte las esperanzas de sus adversarios, ordenó al dicho capitán que fuese á Tlalteloleo y á México á participarlo, llevando consigo la supuesta cabeza del príncipe para que no quedase ni la mas leve sombra de duda.

Partió, en efecto, el capitán, y llegado á México se dirigió á la casa de Izcohuatl, hermano de Chimalpopoca, bajo cuyo gobierno habia sido tlacochcalcatl, ó sea general en jefe de las armas, encargo que á la sazón seguia desempeñando, siendo considerado como el principal señor del reino. Nezahualcoyotl, que á tiempo se habia ausentado de Tezcoco, según dijimos, se hallaba con Izcohuatl á la llegada de Xochicalcatl, y fácil es de comprender la extraordinaria sorpresa que recibiria éste al ver vivo al mismo príncipe cuya muerte iba á anunciar. De pronto no supo qué contestar cuando se le preguntó el objeto de su visita, hasta que instado repetidas veces, confesó su asombro descubriendo la cabeza que llevaba y comparándola con la de Nezahualcoyotl. Entonces Izcohuatl le dijo: "No tengo otra respuesta que darte sino que digas al emperador lo que has visto, y que el príncipe Nezahualcoyotl vive bueno y sano." A lo que agregó éste sonriéndose: "También le dirás de mi parte que estoy ya bien enterado de sus traiciones; pero que tenga entendido que no podrá lograr sus intentos, porque soy inmortal, y presto le haré conocer el poder de mi brazo."

Indescriptible fué la confusión de Maxtla al recibir semejante noticia, cuyo misterio descifró bien pronto, pues Tlilmantzin, sabedor de lo que habia pasado, llegó de Tezcoco á ponerlo en su conocimiento. Entonces el asombro del tirano se convirtió en cólera, y resuelto ya á consumar su proyecto de cualquiera manera que fuese, dispuso que cuatro capitanes de su mayor confianza, entre los cuales se hallaba el mismo Xochicalcatl, reuniesen la gente mas valerosa de su ejército, y marchasen con el mayor sigilo á Tezcoco, en donde deberian dar muerte á Nezahualcoyotl, sin reparar en los medios con tal que produjesen el resultado. Los nom-

bres de los otros tres ejecutores eran Huehuetlicpic, Tlatolpicac é Ixtlahuehuequetzi. Igualmente fué mandado Tlilmantzin para que estuviese presente á la ejecución, tomando todas las medidas necesarias para sofocar cualquier alboroto que ella pudiese suscitar.

XVII.

En los momentos en que Maxtla daba sus órdenes á los capitanes encargados de dar muerte á Nezahualcoyotl, hallábase presente un hombre de Coahuatpec, de cuyo nombre no se hace mencion, el cual siendo muy adicto al príncipe, y sabiendo que lo era igualmente su señor Tomihuatzin, partió inmediatamente á poner en su conocimiento los perversos designios del tirano. Luego que Tomihuatzin fué informado de lo que pasaba, reunió todos los caballeros que pudo y se dirigió á Tezcoco, con la resolucion de defender al príncipe contra las órdenes de Maxtla.

Hizo el viaje rodeando por Coahuatlican y Huexotla, con objeto de participar el suceso á los principales habitantes de la primera poblacion, que eran afectos á Nezahualcoyotl, á pesar de estar sometidos por una fuerte guarnicion que el emperador mantenía allí, y al señor de la segunda, que con el resto de sus habitantes habia profesado siempre declaradas simpatías en favor del legítimo heredero del trono chichimeca. De uno y otro punto salieron á unirse con Tomihuatzin muchas personas dispuestas á tomar abiertamente una actitud hostil contra Maxtla.

Luego que llegaron á Tezcoco é hicieron saber al príncipe la causa de su ida, éste, consultando los impulsos de su

valiente corazon, manifestóles que estaba resuelto á arrojar el guante al competidor, y que por lo mismo se pondria á su frente para emprender la guerra contra un hombre cuyas pasiones depravadas no reconocian límite ni freno para satisfacerse. Sin embargo, Cuauhtlehuanitzin, hermano natural del príncipe, hombre de edad madura y de grande experiencia, que se hallaba presente, fué de contrario dictámen, opinando que no debía aventurarse un golpe en vag; que no se contaba con los elementos suficientes para dar aquel paso, y que era preciso tomar tiempo para combinarlos y poder acometer con entera seguridad del éxito, una empresa que de lo contrario quedaba expuesta á fracasar sin remedio.

Las observaciones de Cuauhtlehuanitzin eran tan sólidas y tan fundadas en la verdad de los hechos, que nadie se atrevió á replicarle, rindiéndose todos á la evidencia. Nezahualcoyotl, sin embargo, no creyó conveniente emprender desde luego la fuga, sino que resolvió aguardar la llegada de los emisarios de Maxtla, pues estando instruido de la maquinacion y bastantemente acompañado, no consideraba que le pudieran sorprender y evitar la huida en caso necesario. El prudente hermano tuvo que ceder, aunque con repugnancia, á aquella atrevida resolucion del príncipe.

Para mejor disimular su intento, salió Nezahualcoyotl á jugar con sus criados de mas confianza á la pelota, en una plazoleta que habia al frente de su palacio. Era muy temprano todavia cuando llegó el traidor Tilmantzin y se dirigió inmediatamente á saludar al príncipe, expresando el gran contento que sentia al encontrarle vivo, lo mucho que habia llorado su supuesta muerte, y la ninguna parte que habia tenido en aquel atentado, pues su objeto no habia sido otro que obsequiarle y felicitarle. Nezahualcoyotl, diestro en el arte de disimular, le contestó con la mas perfecta afabilidad, invitándole á tomar parte en su entretenimiento, á lo que se rehusó el gobernador con el pretexto de sus ocupaciones.

Ya era cerca de medio dia cuando se divisó á los enviados de Azcapuzalco: el príncipe entró entonces en su palacio,

dando órden al criado que le acompañaba de que los recibiera y se informase del objeto que llevaban. El criado, llamado Ocelox, los condujo á la sala cumpliendo las órdenes de su amo, y allí le transmitieron por su medio un recado, diciéndole que eran embajadores del emperador, y que iban á tratar con el príncipe de ciertos negocios de importancia. Pocos momentos despues se presentó Nezahualcoyotl acompañado de un anciano llamado Cematzin, que habia sido uno de sus ayos, y de algunos otros de los señores que habian ido á tomar su defensa; detras de él iba un gran número de criados con ramos de flores y acayetes para obsequiar á los embajadores, segun la costumbre del país. (*)

Luego que los capitanes vieron al príncipe tan bien acompañado, que no les seria posible con la gente que llevaban consumir el odioso crimen, no pudieron disimular su turbacion, y manifestaron que necesitaban estar solos para desempeñar la mision que se les habia confiado. Nezahualcoyotl contestó sin inmutarse, que siendo la hora de medio dia le parecia conveniente que primero comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje; que él asistiria á la comida desde su tlahtoicacpalli, que se hallaba á la vista en el salon siguiente, y que despues de comer saldria á enterarse del negocio que llevaban. Era el tlahtoicacpalli la silla real que usaban los monarcas, y que se hallaba en la cabecera de la sala, y á cuyos lados habia muchos asientos para las personas que tenian que tratar con los reyes negocios de Estado. El uso de esta silla demuestra que aunque el príncipe habia sido privado del trono, conservaba algunos de los honores debidos á su rango. Debemos añadir que los emisarios de Maxtla aceptaron aquella proposicion, aguardando que llegase entretanto el resto de la tropa para asegurar el golpe.

(*) Dábase el nombre de *acayetes* á unos cañutos de carrizo, llenos de una pasta hecha con carbon y yerbas aromáticas, que se encendian por un lado y los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos gozando de su buen olor.

XVIII.

Cuál haya sido el objeto que se propuso Nezahualcoyotl al obrar de esta manera, no es fácil definirlo, puesto que sabiendo ya el gravísimo riesgo que le amenazaba, y estando resuelto á apelar á la fuga, no se comprende que prolongase con obsequios aquella situacion que necesariamente tenia que serle fatal, puesto que era dar tiempo á que llegasen las tropas que sus enemigos aguardaban para darle muerte con toda seguridad.

“Yo sospecho, dice Veytia, que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhlehuanitzin que dejó referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar el pueblo, se persuadió á que en sabiendo éste el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle, habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurrir á la fuga.”

Esta explicacion no nos parece del todo aceptable, teniendo en cuenta el carácter prudente y sagaz en extremo de Nezahualcoyotl. Nada puede haber mas incierto que el éxito de una conmocion popular, especialmente cuando hay que combatir á un enemigo que se encuentra en posesion de un poder fuertemente organizado, con las tropas y recursos suficientes para sofocar cualquier acto de rebelion. Verdad es que en aquella época los trabajos del príncipe para levantarse contra el usurpador estaban bastante avanzados; pero no es menos cierto que no habian llegado al punto de madurez conveniente para precipitar los acontecimientos, como lo indica el mero hecho de haber quedado resuelta en el consejo celebrado aquel dia, la fuga del príncipe para ponerse á salvo del golpe que le amenazaba.

Debemos advertir que Torquemada, al referir este suceso, nada dice de los avisos anteriores que recibió Nezahualcoyotl, el cual, segun esto, habria sido sorprendido con la llegada de los enviados de Maxtla, y la sola sospecha de sus intenciones le hacia obrar de aquella manera. Sea de esto lo que fuere, y admitiendo las circunstancias referidas, que parecen bien fundadas, hay que concluir con Veytia que la conducta del príncipe solo puede atribuirse á las grandes esperanzas que habia concebido de que los tezcocanos, viendo su peligro, se declarasen contra el tirano, y le pusiesen en estado de poderse defender sin huir.

XIX.

Durante la comida que se servia á los enviados de Maxtla, llegó de Azcapuzalco la tropa destinada á ayudar en la ejecucion del crimen que tanto tiempo habia estado meditando el usurpador. Nezahualcoyotl observó desde su asiento que entraron en la sala muchos capitanes que iban en busca de los que allí se hallaban; al mismo tiempo, un criado de confianza llamado Coyohuatzin, le informó de la llegada de las tropas enemigas y del reparto que de ellas se hacia en los alrededores del palacio y en diversos puntos de la ciudad. El príncipe comprendió la magnitud del peligro y dispuso ponerse en salvo inmediatamente, para lo cual mandó á Coyohuatzin que oscureciese la pieza con el humo de los braseros destinados á quemar, segun costumbre, yerbas y resinas olorosas, y que despues se parase en la puerta que conducia á la sala de los convidados, y fingiendo que sacudia su manta le ocultase por algunos momentos. Entretanto, desviando la silla, salió por un agujero que á prevencion tenia practicado en la pared, cuidando de que volviese á quedar cubierto, y se dirigió á una puerta falsa que existia á espaldas del palacio, en donde se disfrazó con ropa que le tenian